

Borges

Escribe: HECTOR ROJAS HERAZO

En asocio de Alfonso Reyes, Jorge Luis Borges encarna nuestro máximo orgullo de hispanoamericanos en el trabajo literario. Pero Borges supera al mexicano en fuerza creadora, en elegancia para sistematizar la fantasía, en la manera de ver y trascender los valores humanos y geográficos de su país. A pesar de su universalidad, y precisamente por ello, Borges es un argentino esencial. La forma de aprovechar determinadas instancias de su pueblo —ese salvajismo tenso, equilibrado del gaucho que se evidencia por igual en la melancolía de una vidalita, en la doma de un potro o en el duelo duro, silencioso, con el enemigo de amores o con el simple ofensor en la madrugada solitaria o esas enlunadas descripciones de la topografía bonaerense, casi desconocida a fuerza de una subjetividad avasalladora— nos presentan un Borges sometido al llamado de su contorno, amamantado en la tradición y el romancero de su solar.

De ese centro creador ha de partir a la búsqueda de su acento en el mundo. Vendrán los viajes, las amistades insignes, las rebeldías de juventud, el sosiego de la madurez creadora. Mientras tanto nos ha ido entregando la lúcida, la rigurosa lección de su estilo inimitable. Un estilo en que —con igual intensidad, con pareja significación dentro del contexto, con idénticos resultados estéticos, se entraban la magia, la erudición y la gracia verbal. Pero es la suya una erudición tan particular, tan esmaltada y traviesa, irriga tan delicadas zonas de la percepción, que forzosamente tenemos que tomarla como un aspecto más de la imaginería borgiana. Esa imaginería solo comparable —por su esplendor, por su vastitud, por el orgullo de sus conjunciones— con la de Sait John Perse. Como el francés, ostenta una dignidad sacerdotal para evocar, en el puro frenesí lírico, vastas masas de acontecimientos; como él, maneja un idioma constelado por la titilación de muchos símbolos: alucinante, luminoso y devastador. Pero lo que en el autor de *Anábasis* termina en una especie de oferta rapsódica, en el artista de *El Hacedor* concluye en el dominio y la constricción de un límite. Porque es esta, más que ninguna otra, la cualidad borgiana por excelencia: La sujeción matemática a la tropelía imaginativa, esa muralla chata y densa, muralla latina, con que su espíritu razonador limita con el imperio de lo desconocido. Todo en Borges, aun en lo más aparentemente abstruso, aun en aquellos instantes en que su prosa parece emitir arpegios delirantes, persigue y entraña la

exactitud nominativa. Esto le ha permitido medirse con los más grandes en un género tan difícil, tan crizado de peligros, tan propicio al escapismo, como el del cuento policíaco. Borges nos ha dado aquí verdaderas joyas de concisión, de eficiencia para el manejo del tiempo narratorio, de ceñimiento naturalista para dibujar y medir tanto los personajes como los múltiples planos de la acción.

Pero existe en Borges, como una especie de centro vivo de su actividad retórica, lo que podríamos llamar el complejo del laberinto. A poco andar en su prosa, sentimos la sulfurosa emanación que despiden aquellos pasadizos en que se atesora la respiración del minotauro. Como nuevos teseos intuimos que, de llegar a la cámara misteriosa, podríamos ver, debatiéndose en una voluptuosidad sagrada, a la mitológica bestia, en cuya testa de cornúpeto y en cuyo pecho de hombre podríamos, tal vez, encontrar una respuesta definitiva y reveladora. Pero uno de los embrujos de esta prosa radica en que no podemos jamás alcanzar ese centro esclarecedor. Y es aquí donde el estilo de Borges nos muestra su poderosa ambivalencia: de un lado, el idioma de una limpidez casi cegadora; del otro, el enigma implícito en esa claridad. De lo que se deduce que un verdadero gran maestro —caso de Borges— lo es en la medida de su voluntad reveladora, de una tan íntima, tan incoercible necesidad de ser justo, que esa justicia, por serlo en plenitud, se convierte en misterio, en tabernáculo de una esencia creadora cuya intimidad es inalienable. De aquí concluimos que el tema único de todo verdadero artista es la desvelación de su propia ontología. Cuando esto ocurre —cuando Dios o demonio o ángel son otras tantas expresiones de la subjetividad creadora, como ocurre en Borges— entonces es fecundo reconocer que la obra en que aquello se realiza contribuye al solitario apetito del hombre por explicarse a sí mismo, lo hace avanzar en el caos, lo enaltece como criatura terrestre.